

La imponente sala de entrada al hospital siempre me ha parecido bastante siniestra. Imita a la cúpula de una iglesia, en forma circular, con sus arcos y pilastras pero sin ventanas. Su única e insuficiente luz pasa a través de la puerta de acceso principal ayudada por grandes luces de neón blancas que dan a la estancia un porte frío y desangelado. En el centro de esa enorme mole, una mesa de mármol blanco llena de papeles, en este momento, solitaria. Me acerco a ella y cojo uno de los formularios. Escribo en mayúsculas:

Nombre del visitante: CARLOTA
Parentesco: EX-MARIDO

Nombre del paciente: ALFONSO
Motivo de la visita: MATARLO

Se acerca una mujer con uniforme y me saluda. Le entrego el documento. Lo lee rápidamente, cumplimenta algún dato y me dirige una mirada cómplice mientras esboza una ligera sonrisa. No hace preguntas y tampoco me entrega distintivo alguno.

Cruzo la estancia y me dirijo a la planta tercera, ala noroeste, pasillo doce, sección tres. Estoy a solo diez minutos de mi objetivo.

Al salir del ascensor tropiezo con tres “loquitos” de edades indefinidas, entre los cuarenta y setenta años. Están siempre al acecho para recabar una propina. Saco una cajetilla de tabaco y les doy tres cigarrillos. Les parece insuficiente y siguen molestando “dame más”, “dame más”. Se la entrego completa a uno de ellos que, al tenerla en su poder, propina un magnífico empujón a los otros dos que se tambalean e inicia una torpe carrera hacia el fondo del pasillo, profiriendo grititos de júbilo y mostrando su dedo índice en posición airada y victoriosa.

Ellos ríen la ocurrencia y me persiguen pidiendo una y otra vez, como una mala y desafinada orquesta, que les de fuego.

Tres enfermeros se aproximan a nosotros de manera distraída mientras ojean una revista cuyo contenido tiene que ser, al menos, interesante.

-¿Otra vez jugando en esta planta? -pregunta el enfermero pelirrojo sin esperar respuesta alguna, sin hacer más averiguaciones ni interesarse por si me molestan.

No tengo más remedio que deshacerme de ellos metiéndome en la sala de curas que hay frente a la habitación trescientos veinticinco. Cierro por dentro mientras espero que se olviden de mí y se alejen de la puerta. Inspecciono el pequeño habitáculo lleno de vendas, frascos y multitud de instrumental médico de aspecto poco tranquilizador. Cojo un bisturí y abro la puerta con cuidado. Solo al fondo del vestíbulo, muy a lo lejos, veo a un grupo de personas con batas blancas muy entretenidas conversando.

Cruzo el pasillo y entro en la habitación del enfermo de bipolaridad Alfonso Cifuentes Gallego. Todo está en penumbra pero puedo adivinar su cuerpo en el único sillón de la habitación. Me acerco y saco el bisturí. Asesto un tajo certero y rápido a la altura de la yugular y luego otro y otro y otro...La sangre sale a borbotones y llena parte de la habitación. Todo es color carmesí, las camas, las sábanas, mi ropa... El suelo, de habitual color marmota, se torna ocre y las lámparas comienzan a escupir lágrimas oscuras que caen sobre mi cabeza haciendo desaparecer mis canas. Toco la sangre espesa con mis manos y me embadurno la cara con ella.

Siento el alivio de dar por finalizado el horror. ¡Al fin se ha hecho justicia!. El tormento, la rabia, la impotencia y el fuego que arde y te quema la razón y evita el sueño.

-¡Mereces morir viejo cerdo, irte al infierno! ¡Tú me la arrebataste! ¡Tenía solo tres años! - grito una y otra vez loca de dolor, mientras repito en voz alta versos que intentan mitigar mi desesperación:

“Sopla el viento que mueve la ola del dolor
y afila el cuchillo que limita el miedo.
Se alejan las sombras de la noche cercana
y una luna roja de ira comienza su incontenible llanto”

Cesa por un momento la furia y de nuevo la tristeza se apodera de todo mi cuerpo mientras me arrastro por el suelo, golpeando, ya sin fuerza, la sangre que inunda la estancia como un río bravo y hambriento de cauce.

De pronto un silbato, una llamada al orden y un golpe seco en la puerta. Tres enfermeros entran nerviosos en la habitación

-¡Cogedla y atadla aquí por Dios! -dice el enfermero de cabello moreno.

-¡Lo que ha liado la loca!- dice el enfermero pelirrojo

-¡Daos prisa que no se enteren del desaguado porque nos va a caer una buena y yo no estoy para bromas, que me cumple el contrato esta semana joder! -dice el enfermero de cabello gris

-¡Es que no podemos estar tranquilos ni un solo momento!. Es la segunda vez en un mes que la lía parda!, Vamos a lavarla en este aseo y cambiarle la ropa. Con un poco de suerte nadie nos verá llevarla a su habitación -dice el enfermero pelirrojo.

-Tu podrías tener un poco de cuidado con ella-dice el enfermero de cabello moreno reprendiendo al pelirrojo -está en tu planta y es tu responsabilidad. Cuando le dan los brotes de esquizofrenia debería estar encerrada y no exponernos a que se repitan estas situaciones.

-Sabes que está muy protegida por la directora, es un caso especial, por todo lo que rodeó el suceso y por ser una poeta muy conocida. Esa horrenda muerte de su hija pequeña y el juicio al capullo del marido...Marcó un antes y un después en este tipo de procesos. Todo con ella es diferente, no es tan restrictivo -se defiende el enfermero pelirrojo.

-Pues ya verás lo diferente y especial que será si se entera que han desaparecido dos bolsas de sangre para transfusiones, a ver que le explicamos- responde el enfermero de cabello moreno.

-Callaros ya por favor! -replica el enfermero de cabello gris- ¡Vamos a recoger todo lo antes posible y a ver que se nos ocurre para solucionarlo!.

Yo les escucho, inmóvil, atada al sillón. No quiero que se enteren de mis pensamientos y adivinen mis futuras intenciones. Tengo que continuar libre para encontrarme con mi niña cuando yo lo desee. Les pido perdón muchas veces porque adivino que algo no va bien. Creo que hace mucho que estoy aquí.

Cuando terminan de limpiar y discutir, me cogen con sus grandes manos, me desnudan. Grito y me defiende mientras me duchan con una manguera en medio de un aseo blanco con manchas rojas. Me ponen una bata enorme y entre dos me conducen a mi cuarto, me obligan a beber algo y me abandonan en una cama solitaria en medio de una habitación oscura. Luego todo se desvanece y caigo en un plácido letargo y me dirijo, por el camino más corto, a buscar a mi niña.

Y cuando despierto las voces me susurran que todo está bien, que no hace falta que lo haga una vez más, que el padre ya está muerto, que todos se acuerdan de mí. Pero yo solo veo a Marta, mi hija, que, como cada mañana, me da un beso de buenos días y me dice que me quiere. Y yo le cuento historias magníficas de sueños posibles y le recuerdo que esta tarde, como todos los días, iremos las dos, cogidas de la mano, al cementerio viejo por el camino más largo y cogemos flores para su pequeña muñeca azul.